

Las crisis económicas y los desequilibrios intervencionistas

LUIS ORDUNA DÍEZ
Catedrático de Estructura Económica
Escuela Universitaria de Estudios Empresariales
Universidad Complutense de Madrid

I. INTRODUCCION

La realidad económico-social se nos presenta como algo que tiene su propia autonomía dinámica dentro de la cual aparecen relaciones interdependientes que con frecuencia se califican de desequilibrios y crisis.

Unas veces estas crisis afectan al conjunto del sistema económico o a amplios sectores de su actividad, como ocurre por ejemplo con los procesos inflacionarios. Otras veces se refieren a aspectos de naturaleza más cualitativa que cuantitativa, como por ejemplo ocurre cuando aparece el paro o las recesiones generalizadas y otras veces, en fin, provocan o vienen acompañadas de las llamadas situaciones de estancamiento económico, las cuales se caracterizan por el hecho de que la propia actividad general a pesar de su propia dinamicidad no consigue realizar ningún crecimiento positivo de valores económicos que, a veces, pueden incluso retroceder. Se trata por tanto de hechos todos ellos que tienen que ser entendidos e interpretados desde la ciencia económica dentro de un orden sistémico, pues ésta es la única posibilidad de poder aportar fórmulas para su posible resolución.

Por otra parte cuando profundizamos un poco más en el hecho objetivo de la necesaria producción de bienes, considerado desde el punto de vista de los sistemas tecnológicos de producción, nos encontramos con el problema ya destacado por Mill¹ de las tendencias monopólicas naturales, las cuales toman cuerpo y naturaleza a través de aquellos procesos de concentración empresarial que parten del principio de libertad de creación de empresas, en función del cual, éstas pueden tomar y toman las más variadas formas y modos en su desarrollo histórico.

Una cuestión que, en el plano de las escuelas teóricas nos obliga a contraponer las teorías de la competencia monopólica a las de la competencia

¹ Señala MILL, J. S., en este punto que «es error suponer que la competencia entre compañías mantiene los precios bajos», ya que «cuando los competidores son poco numerosos acaban siempre entendiéndose para no competir. Tal vez bajen los precios para tratar de arruinar a un nuevo competidor, pero si éste resiste y se afianza acaban llegando a un acuerdo con él». Véase «Principios de Economía Política» Ed. F.C.E. México 1985, pág. 145 y 146.

perfecta, buscando cuáles son y cuáles han de ser las respectivas predomnancias en el orden económico del sistema.

Por último se nos plantea también el estudio de la continuidad de los procesos de desarrollo y crecimiento, una vez que éstos han sido ya iniciados a un nivel generalizado dentro del sistema económico. Es preciso aquí señalar las diferencias existentes entre los diversos modelos alternativos que existen o pueden ser concebidos para afrontar la necesaria coordinación entre la actividad industrial de las propias empresas y la actividad general de la producción o la distribución de los excedentes económicos, en orden a los fines que son inherentes al progreso continuado de todo sistema económico a lo largo del tiempo. Desde aquí se entiende que, por contraposición a las crisis, uno de los objetivos fundamentales de la economía consiste en estudiar cómo se puede lograr el máximo crecimiento económico sostenido de una realidad económico-social para que sea compatible con la distribución equitativa y acumulativa del excedente en todos sus procesos de organización económica así como en los mecanismos de producción y cambio de bienes y servicios. Pero, dicho esto, se observa que este objetivo pasa a constituirse también en el principal problema y una de las cuestiones centrales que la ciencia económica ha de tratar.

II. LA RECURRENCIA DE LAS CRISIS Y SU DURACION

La historia de la sociedad económica de los doscientos últimos años puede caracterizarse, en una primera visión, como la historia de las grandes fluctuaciones en las variables macroeconómicas fundamentales², es decir, como una historia jalonada por las crisis económicas intermitentes. Desde el punto de vista de la historia del pensamiento económico todos los autores clásicos, de uno u otro modo, recogen el hecho de las crisis recurrentes, dándole una importancia considerable.

Cualquier breve repaso de la realidad histórica del capitalismo moderno nos lleva, de inmediato, a la evidencia de sus repetidas crisis de auge y depresión. Las crisis se vienen manifestando por los graves efectos que producen. Los auges se caracterizan por alzas generalizadas del nivel de los precios, los cuales suelen ir acompañados, aunque no siempre, de una ace-

² Aunque los autores clásicos fueron los que descubrieron las fluctuaciones reiterativas de la actividad económica general, el desarrollo de los estudios correspondientes ha sido moderno. Uno de los clásicos que estudió con gran profundidad este fenómeno fue SIMONDI, cuya teoría de las crisis reviste una gran importancia por su originalidad. Véase «Economía Política» Ed. Alianza Madrid. 1969 pág. 216 a 221. Pero, ha sido SCHUMPETER quien ha destacado cómo el estudio moderno de las crisis cíclicas se ha visto enormemente fortalecido por el avance experimentado por la econometría. «Historia del Análisis» Ed. Ariel. Barcelona 1982 pág. 1258 a 1265.

lación del proceso inversor y del proceso de crecimiento. Por el contrario las depresiones se caracterizan por la disminución generalizada de la actividad económica, la cual suele generar no sólo un proceso de reducción de la actividad inversora, hasta llegar muchas veces incluso a la desinversión, sino lo que es mucho más grave, suele conducir a una situación generalizada de infraocupación de la capacidad instalada del sistema y al paro masivo de la mano de obra disponible³.

Desde Adam Smith muchos autores han creído que, como él indicó, no era preciso preocuparse demasiado por el reequilibrio de la realidad económica desde la autoridad del Estado. Se creía en la existencia de una «mano invisible» que guiaba las fuerzas del mercado hacia un proceso histórico inalterable de progreso eficiente, más o menos equilibrado.

Nada hay que objetar a la teoría de Smith si nos atenemos a los grandes rasgos que marcan la trayectoria secular del mundo. Pero en cuanto nos detenemos en el curso de la historia para analizar los períodos más breves que jalonan la vida de los pueblos, nos encontramos con una realidad mucho más cruda que la prevista por Smith. El progreso económico se hace día a día por autores concretos de cabeza y manos bien visibles que deciden y llevan a cabo sus actividades económicas en el seno de aquellas organizaciones públicas y privadas, nacionales o transnacionales, de producción y de distribución de bienes y de servicios, de que el orden económico aparece dotado.

Para explicar la forma reiterativa en que vienen manifestándose las crisis económicas a lo largo del proceso histórico del capitalismo se han producido numerosos estudios.

La mayoría de los autores coinciden en que las fluctuaciones presentan un cierto carácter cíclico, es decir, que existe una cierta tendencia más o menos repetitiva a la aparición de estos períodos críticos.

Por otra parte, algunas teorías han destacado que los ciclos se superponen unos a otros, propiciando que las anteriores oscilaciones operen dentro de una banda de movimientos cuya tendencia conjunta es siempre creciente, sin que puedan apreciarse retrocesos significativos a largo plazo. Esta tendencia coincide en el fondo con la tradición smithiana. Se trata de una tendencia de la cual tenemos sin duda evidencia histórica constatable, si bien hay que reconocer que las fases depresivas del ciclo han sido a ve-

³Para KEYNES la importancia de los ciclos económicos es extraordinaria. Se puede decir que es la base y punto de partida de su teoría. Todo el cap. 22 de su obra está dedicado al estudio del ciclo económico, cuyos movimientos quedan explicados desde la coordinación de una serie de elementos originarios de su teoría como «la propensión marginal a consumir, el estado de preferencia por la liquidez, la eficiencia marginal del capital». Y cree que «lo mejor es considerar que el ciclo económico se debe a un cambio cíclico en la eficiencia marginal del capital, aunque complicado y frecuentemente agravado por cambios asociados en las otras variables importantes de período breve del sistema económico». La importancia que da KEYNES a los ciclos es extrema pues cree que «para desarrollar esta tesis sería necesario más bien un libro que un capítulo». «Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero» Ed. F.C.E. México 1971. Pág. 272 a 295.

ces muy prolongadas en su duración. Este último aspecto ha sido destacado por aquellas otras teorías que han creído descubrir también empíricamente que los ciclos se encuentran siempre referidos en su recurrencia a determinados períodos cortos de tiempo, por ejemplo meses, años, lustros, décadas, etc. Entre las teorías más destacadas a estos efectos están, las de Kondrakieff que hablan de ciclos repetidos cada 50 años, aproximadamente, o las de Juglar que se ciñen a ciclos de duración corta, 6 u 8 años, o las tesis de Kitchin que cifran la duración del ciclo en períodos de unos 40 meses⁴.

Todos estos autores y sus seguidores defienden la idea de regularidad repetitiva en los caracteres esenciales de los ciclos, según el período de cadencia que cada cual les atribuye. Pero, hay también una generalidad de economistas que disienten de la idea de que las fases cíclicas de auge y depresión se repitan con tal regularidad y, como Mitchel, prefieren atribuir a los ciclos solamente la característica de ser recurrentes pero no repetitivas; es decir, se admite que las fases de depresión y auge se suceden, pero no con una cadencia rítmica y regular. Este fué también el criterio que asumió la Conferencia sobre ciclos celebrada en 1922, que se corresponde además con las corrientes más importantes del pensamiento económico.

Esto tiene que ser así por una razón de gran peso específico. La economía como ciencia social, también es una ciencia histórica. Y la historia no es repetitiva. Aunque en toda realidad histórica existe un hilo conductor que nos permite entenderla y explicarla también es cierto que cada momento histórico obedece a hechos distintos⁵ y a causas concretas también diferentes, lo que determina la dificultad para prever la duración y momento en que aparecerán o desaparecerán las crisis.

Uno de los objetivos de la Ciencia Económica está en diagnosticar correctamente la naturaleza y síntomas de las crisis para descubrir sus causas y de este modo idear una política económica adecuada para preverlas y para corregirlas e incluso, si fuera posible, para hacerlas desaparecer. En este sentido es importante destacar que las crisis son, por definición, lo contrario del equilibrio en Economía.⁶

III. EL AUTOMATISMO DE LAS CRISIS Y SUS TENDENCIAS

Tinbergen y Pollak han observado que los ciclos presentan una cierta tendencia hacia su propio amortiguamiento, aunque también reconocen

⁴ SHUMPETER, J. A. «Historia del análisis» Op. cit. Pág. 1217 a 1280

⁵ Dice BUCHEN a este respecto que la gran antinomia que debe superar el científico de la economía esta en «aprehender el problema en su completa pluralidad histórico-individual y en constante transformación, y ... elevándose al terreno de lo general conducirlo a un examen teórico». «Cuestiones fundamentales de la Economía Política» Ed. Alianza. Madrid 1967, pág. 53 y 54.

⁶ Esta fue una de las preocupaciones principales de que partió KEYNES para construir su teoría general.

que en situaciones excepcionales tal mecanismo puede no funcionar automáticamente, como ocurrió en 1929. Según estos autores las crisis tienen lugar porque existen rupturas espontáneas de las combinaciones de los datos, ante las cuales, el sistema reacciona determinando nuevos movimientos en los datos⁷.

Más que un estudio histórico empírico de las crisis nos interesa un análisis de sus significados en cuanto se puedan extraer lecciones válidas para la política económica aplicable.

A juzgar por los síntomas principales con los que las crisis económicas se manifiestan, éstas suelen calificarse como crisis de auge o crisis de depresión. Los síntomas de las primeras se caracterizan normalmente por el exceso de movilidad económica intrasistema de que suelen ir acompañadas, lo que normalmente provoca el recalentamiento de los precios y acelera las decisiones de inversión de carácter especulativo. Los síntomas de las segundas parece que deberían consistir en lo contrario de las primeras, pero no es así. Las crisis de depresión suelen seguir a las de auge y se caracterizan por una contracción más o menos súbita de la demanda que determina una reducción de las ventas empresariales. Las empresas no pueden vender sus mercancías en el mercado porque éste alcanza un cierto grado de saturación a los precios corrientes y como consecuencia estas mismas empresas se ven en la necesidad de reducir sus actividades. Como no pueden reducir sus costes tampoco pueden rebajar sus precios, lo cual teóricamente podría ser un camino para impulsar la demanda, pero esta opción sólo está al alcance de las empresas con amplios márgenes de beneficios y bien capitalizadas. Como consecuencia muchas empresas tienen que cerrar y/o despedir a sus trabajadores provocando el problema del paro, el cual en una depresión puede llegar a extenderse de una forma muy amplia o generalizada. Al haber paro la demanda disminuye todavía más y aparecen más empresas que no venden y que tienen que cerrar. Por otro lado, el cierre de empresas significa una recesión en la actividad general ya que la producción total también disminuye, sin que exista ningún mecanismo automático para que pueda volver a recuperarse por sí misma, dada la rigidez de los precios y de los costes y su resistencia a bajar. Esta resistencia de los costes y precios a bajar⁸ deriva de los hábitos sociales, pero además tiene por causa también, el proceso inflacionario.

⁷ TINBERGEN, J. Y POLLAK, J. J. en «Dinámica del ciclo económico», exponen esta idea diciendo «Los movimientos de las variables que caracterizan a la Economía están determinados por una combinación de (a) ciertas perturbaciones del equilibrio que son resultados de cambios en los datos y (b) las reacciones del sistema económico» Ed. F.C.E. México 1956, pág. 367 y sig.

⁸ SAMPEDRO, J. L. atribuye la principal causa de los equilibrios inflacionarios a la mecánica, según la cual, las empresas gravan sus costes con un margen de beneficios que tratan de maximizar en virtud del espíritu de lucro, a cuyo efecto se doblega además la política financiera del gobierno. Y de ahí deduce la tensión social entre sindicatos y patronales, ambos luchando denodadamente para conseguir apropiarse de la mayor parte posible del excedente resultante de la producción. Véase «La inflación, prótesis del sistema» Ed. Montesinos. Madrid 1985, pág. 125 a 144.

Aquí el proceso inflacionario hay que entenderlo como tendencia real de la economía de carácter secular. En todas partes y en todo tiempo los precios vigentes en los sistemas económicos, considerados en su conjunto, han presentado una cierta tendencia a crecer. La baja generalizada de los precios o deflación, históricamente, es muy rara. Es decir el conjunto de los precios de un sistema no presenta tendencia a bajar sino a crecer. Las razones de la inflación pueden ser muy diversas; hay inflaciones de origen especulativo, hay inflaciones que tienen su origen en la política fiscal o monetaria, hay inflaciones de carácter estructural, y existen también inflaciones inducidas desde el exterior de la economía nacional. Pero la causa más importante que es preciso considerar a la hora de analizar el carácter y naturaleza de los movimientos inflacionarios está vinculada al Gobierno. A éste le interesa siempre una cierta inflación porque de este modo obtiene una cierta financiación gratuita para realizar sus gastos a través de diversos mecanismos, como la emisión de moneda o de billetes en un cierto exceso sobre la oferta real de bienes y de servicios o mediante la implantación de un sistema fiscal no deflactado, o por razones de política presupuestaria o de política social, etc.

Para comprender bien cuál es la naturaleza de las tendencias de las crisis podemos acudir a la «teoría malthusiana del valor intrínseco»⁹ la cual observa el hecho de que los precios reales del mercado oscilan continuamente sin causa real que lo justifique. Creía Malthus que estas fluctuaciones tenían siempre como causa inmediata una situación de insuficiencia de la demanda efectiva y de ahí deducía con gran acierto, que el sistema general de fijación de los precios del mercado adolecía de graves defectos, los cuales solían conducir con demasiada frecuencia a la aparición de crisis caracterizadas por el subconsumo y la consiguiente sobreproducción. Siguiendo esta línea de pensamiento, a principios del segundo tercio del presente siglo, Keynes publicó su «Teoría General», la cual viene a ser un estudio para la salida de las crisis de demanda, de recesión y de paro, entendidas tal como anteriormente las había enunciado Malthus.

Keynes en su teoría general señala, expresamente, desde el primer momento, que su fundamento teórico se encuentra en el principio malthusiano de la demanda efectiva¹⁰. Cree como Malthus, por tanto, que el conocimiento profundo de las causas y la naturaleza de las crisis de depresión y

⁹La descripción que hace MALTHUS, T. R., de las crisis es la siguiente: «si se lleva la transformación de los ingresos en capital más allá de cierto punto entonces, como al disminuir la demanda efectiva de productos quedan sin empleo las clases trabajadoras, es evidente que si la adopción de costumbres frugales rebasa un cierto límite, puede ir acompañado al principio por los efectos más desastrosos y después por una marcada depresión de la riqueza y de la población». Y después de varias consideraciones concluye diciendo «lo único que pretendo es que ninguna nación pueda enriquecerse por una acumulación de capital que provenga de una disminución permanente del consumo». Véase «Principios de economía política» Ed. F.C.E. México 1977, pág. 274 y 275.

¹⁰Véase KEYNES, J. M. «Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero» Ed. F.C.E. México 1971, pág. 39 y 40

de paro, así como de sus posibles soluciones, han de venir por un análisis de aquellos mecanismos que concurrían para provocar las insuficiencias características de la demanda.

La teoría económica de Keynes es el punto de partida de toda la política económica gubernamental que utilizan hoy la mayoría de los países del mundo libre dentro del sistema capitalista y que se conoce con el nombre de intervencionismo keynesiano¹¹. La política económica intervencionista que se viene aplicando desde terminada la Segunda Guerra Mundial (1945), ha supuesto un cambio notable respecto a los principios y teorías del “laissez-faire”. Algunas doctrinas contemporáneas se oponen al Keynesianismo y están tratando de reactualizar los postulados de la escuela neoclásica o marginalista, fundamentados en el “laissez-faire”; pero en verdad, las doctrinas del «laissez-faire» han fenecido porque su invalidez quedó evidenciada de un modo aplastante durante y después de la gran depresión de 1929.

Ahora bien, aunque el keynesianismo es una política económica activa que trata de corregir de un modo racional y eficiente los problemas económicos generales de que adolecen las crisis, no ha sido tampoco capaz de solventar todos los problemas de éstas y ni siquiera consigue eliminar, de un modo continuado, los más importantes.

La economía política keynesiana y post-keynesiana, se basa en un modelo de intervencionismo gubernamental que trata de operar exclusivamente en el corto plazo para movilizar las variables económicas fundamentales, pero no ha logrado todavía construir un cuadro científico de principios generales capaz de sustituir las teorías marginalistas y neoclásicas del equilibrio a medio y largo plazo.¹²

IV. EL MODELO INTERVENCIONISTA Y SUS CARENCIAS INTRINSECAS

La razón por la cual el modelo intervencionista no esta siendo capaz de afrontar con éxito los problemas derivados de las crisis y la erradicación del paro masivo o de los desequilibrios internacionales hay que encontrarlos en aquel posicionamiento metodológico del cual parte el modelo intervencionista de corte keynesiano. La metodología keynesiana quiso desco-

¹¹ Cuando nos referimos a la «Teoría General Keynesiana» tenemos que ser conscientes de que ella misma es compleja. Precisamente por esto KEYNES supuso que los lectores de sus postulados, principios y conclusiones eran economistas profesionales y así lo dejó constatao en el prefacio de su «Teoría General» Op. cit. Pág. 9 a 11.

¹² Como se sabe, para toda la escuela clásica y neoclásica, el equilibrio económico, tanto a corto como a largo plazo habría de resultar del libre juego de las fuerzas del mercado de conformidad con el principio fisiocrático del «laissez-faire». Keynes combatió este principio pero lo hizo sólo a corto plazo. En cambio reconoció la plena validez del mismo principio para posibilitar el equilibrio económico a medio y largo plazo, el cual, según su teoría, aparecería de un modo automático en cuanto se dieran o provocaran una serie de condiciones precisas.

nocer que las verdaderas causas que provocaban las crisis de paro y depresión en el capitalismo no eran coyunturales sino esencialmente estructurales y que, por la misma razón, las soluciones definitivas no podían venir por la vía de la política económica monetaria y de corto plazo sino que habrían de venir, en última estancia, por la vía de políticas económicas de carácter real y de largo plazo.

El propio Keynes era consciente de muchas de las limitaciones de sus planteamientos e incluso de las carencias e insuficiencias de la filosofía general subyacente en su modelo,¹³ como el mismo afirmó en más de una ocasión. Sus ideas respondían antes de nada a una filosofía utilitarista porque su verdadera intención, tal como él mismo confesó, era salvar el sistema de mercado aplicándole un mínimo de correcciones que él consideraba necesarias, ya que de lo contrario se hundiría irremisiblemente¹⁴.

Cuando fue acusado de revolucionario en sus planteamientos intelectuales manifestó que, si el sistema capitalista de mercado no era objeto de correcciones radicales para apuntalarlo en sus fallos esenciales conduciría a su autodestrucción¹⁵. Por eso dijo que el mayor esfuerzo intelectual que debió hacer fue precisamente, el necesario para salvar aquellos inconvenientes que derivaban de la ruptura de su teoría con la tradición clásica y neoclásica, en la cual él mismo había sido educado.¹⁶

¹³Cuando en 1930 durante la gran depresión J. M. KEYNES teorizó sobre las posibilidades económicas de largo plazo afirmó «No está lejos el día en que todos seamos ricos... entonces nosotros valoraremos otra vez los fines más que los medios y preferiremos lo bueno a lo útil. Pero ¡cuidado!, la hora para todo esto no ha llegado todavía. Por lo menos durante otros 100 años debemos simular ante nosotros mismos y ante cada uno de los demás, que lo bello es sucio y lo sucio es bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es», y añadió «la avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo todavía, porque sólo ellos pueden guiarnos fuera del túnel de la necesidad económica a la claridad del día». Citado por E. F. SCHUMACHER «Lo pequeño es hermoso» Ed. Blume. Madrid 1981, pág.22

¹⁴Piénsese que KEYNES estaba profundamente preocupado por el avance de los principios marxistas ya implantados en la revolución bolchevique de 1912 y que se estaban expandiendo por la Europa del Este en los años del stalinismo. De alguna manera, KEYNES resultó un precursor de la socialdemocracia cuando hablando de la obra de GESELL («The natural economic order») afirma, en su «Teoría General»: «El objetivo del libro de Gesell», en general, puede describirse como el establecimiento de un socialismo antimarxista, una reacción contra el «laissez-faire», edificado sobre bases teóricas totalmente distintas a los de Marx, porque se apoya en la repudiación más que en la aceptación de las hipótesis clásicas y en dejar en libertad la competencia, en vez de abolirla. Creo que el porvenir aprenderá más de Gesell que de Marx. «KEYNES Op. cit. pág. 314.

¹⁵Op.cit. El capítulo I de la misma obra de Keynes, termina de la siguiente manera: «... Más aún, las características del caso especial, (se refiere al equilibrio general Neoclásico), supuesto por la teoría clásica, (Keynes llamaba clásica a la escuela «neoclásica»), no son las de la sociedad económica en que vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales».

¹⁶KEYNES, J. M. «T.^a General de la ocupación, el interés y el dinero» Op. cit. El prefacio de su Teoría General, termina con las siguientes palabras: «la dificultad (del estuudio de la economía) reside, no en las ideas nuevas, sino en rehuir las viejas, que entran rondando hasta el último pliegue del entendimiento de quienes se han educado en ellas, como la mayoría de nosotros».

Ahora bien, si analizamos objetivamente el significado de la teoría keynesiana respecto a la realidad del mercado que era la institución esencial que Keynes trataba de salvar, observamos la existencia de una contradicción intrínseca entre el problema que se trataba de solucionar y la solución verdaderamente adoptada.

El verdadero problema que la teoría keynesiana trataba de solucionar era, antes de nada, un problema de organización. Se trataba de corregir aquellos desequilibrios sociales y económicos a que había llevado un sistema imperfecto de mercado, el cual no cumplía en la práctica ninguno de los postulados y formulaciones técnicas que habían elaborado las corrientes teóricas marginalistas. Cuando en 1936 se publicó la Teoría General por primera vez, el paro y el estancamiento profundamente depresivos habían sobrepasado su naturaleza puramente económica, para convertirse en un problema político-social de primera magnitud que afectaba a un gran número de países y cuya resolución se hacía ineludible.

Keynes era tremendamente crítico respecto a la forma de funcionar que, en relación al empleo, tenía el modelo capitalista. Por eso afirma: «En verdad, el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación que va unida al capitalismo individualista de estos tiempos; pero es posible que la enfermedad llegue a curarse, por medio de un análisis adecuado del problema, conservando al mismo tiempo la eficiencia u la libertad¹⁷.

Cuando se trata de estudiar los problemas generales de la producción y la distribución en un contexto de continuidad y equilibrio, la concepción concreta del orden metodológico, en razón del cual el propio sistema de organización ha sido ideado y edificado, cobra un significado decisivo.

Partiendo de esta idea se pueden inmediatamente observar aquellas profundas discrepancias que, en virtud de su diversa concepción metodológica, existen entre los distintos países y sus respectivos sistemas económicos tal como estos operan en la realidad del mundo actual. El estudio comparado de esta realidad nos ha de permitir observar que cada diferente sistema de organización económica está preocupado también por un diverso orden jerárquico de los problemas comunes que trata de afrontar.

En todo caso es preciso reconocer la gran virtualidad que cabe atribuir a las ideas keynesianas como un instrumento eficaz para salir de las crisis depresivas, lo cual, por otra parte, explica la fuerza institucional que en breve plazo adquirió su modelo. Un modelo que, en última instancia, encomienda y atribuye el sector público la función, iniciativa y capacidad necesarios para desarrollar los procesos reequilibradores de todo el sistema económico, cuando el sector privado se muestra incapaz de conseguirlo por sí mismo. En esto Keynes fue antes que teórico, realista.

¹⁷Opina KEYNES además «que una socialización bastante completa de las inversiones, será el único medio de aproximarse a la ocupación plena; aunque esto no necesita excluir, cualquier forma, transacción o medio, por las cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada... Fuera de ésto, no se aboga, francamente, por un socialismo de estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad...» Op. cit. pág. 332,333,335.

El propio Keynes criticaba las ideas del «laissez-faire» a corto plazo, diciendo: «Nuestra crítica de la Teoría económica clásica (se refiere a los marginalistas), no ha consistido tanto en buscar los defectos lógicos de su análisis, como en enseñar que los supuestos técnicos en que se basa se satisfacen rara vez o nunca, con la consecuencia de que no puede resolver los problemas económicos del mundo real». Pero inmediatamente después añadía: «si nuestros controles centrales logran establecer un volumen global de producción, correspondiendo a la ocupación plena, tan aproximadamente como sea posible, la teoría clásica vuelve a cobrar fuerza de aquí en adelante»¹⁸. Y es precisamente esta segunda parte, o idea final de su razonamiento, la que adolece de cierta inconsistencia como trataremos de esclarecer a lo largo de las páginas siguientes.

Así en efecto, tanto la crisis económica mundial de 1929 como la crisis contemporánea que arranca de los años 70, han puesto en evidencia con gran fuerza que los sistemas económicos basados en el mercado conducen a graves desequilibrios automáticos, debido a la internacionalización de la Economía.

Keynes confiaba en que las relaciones económicas internacionales de los países tenderían a equilibrarse automáticamente a través de la flexibilidad del tipo de cambio de cada moneda, si los países lograban dominar y dirigir correctamente el funcionamiento de sus economías internas a través del mecanismo de control de la demanda efectiva.

Detrás de esta convicción había una fe en la teoría clásica del comercio internacional, la cual dejaba el equilibrio del mercado de trabajo, de bienes y de capitales al socaire de las fuerzas del mercado en cada país de acuerdo con su poder de desarrollo comparado, es decir, de acuerdo con la capacidad de cada uno para vender más productos y de mejor calidad a menor precio dentro y fuera de sus fronteras.

Esta forma de pensar se corresponde con la llamada teoría de la especialización internacional del trabajo y de las ventajas comparativas, según la cual, el equilibrio de los intercambios vendría dado automáticamente en virtud de aquellos mecanismos reales de oferta y demanda que habían de operar en los mercados de precios libres. Pero la evidencia empírica de los 50 últimos años han venido a invalidar esta teoría convencional, aunque gran parte de la doctrina siga confiando en ella, las razones de tales insuficiencias trataremos de verlas a continuación.¹⁹

V. LA TEORÍA DE LAS VENTAJAS COMPARATIVAS Y SUS LIMITACIONES

La teoría de las ventajas comparativas, parte del principio de división

¹⁸ KEYNES. Op. cit. pág. 333.

¹⁹ Un análisis crítico sobre dicha teoría, puede verse en la obra del premio Nobel de Economía de 1974, MYRDAL, G. «F.^o económica y regiones subdesarrolladas» Ed. F.C.E. México 1979. Cap XI, pág. 162 y sigs.

internacional del trabajo derivado del principio más general de especialización, el cual, sería el factor determinante de una tendencia natural, en cuya virtud todos los países o sujetos económicos propenden a especializarse en la producción de aquel tipo de bienes para el cual se encuentran mejor dotados en términos de costes comparativos, respecto de los demás países o sujetos.

Esta teoría defiende que, el mercado de libre competencia podría operar con éxito no sólo en el interior de cada país sino también en sus relaciones recíprocas de intercambio internacional, redundando, a través del mecanismo competitivo de los precios y de la ley de la oferta y la demanda, en ventajas recíprocas para todos los países, en razón de aquellos costes comparativos más bajos que resultarían para todos los consumidores o destinatarios finales de dicho mercado. Esta teoría que, quizás pudiera llegar a cumplirse si las postulaciones técnicas de funcionamiento del mercado internacional de perfecta y leal competencia pudieran llegar a darse, dista mucho de ser la realidad operativa que caracteriza a los mercados en el intercambio internacional.

A nadie se le escapa el hecho de que, las postulaciones teóricas de la libre competencia según las cuales ningún sujeto puede influir en la oferta ni en la demanda, ni en los precios resultantes, ni se dan hoy en día en el mercado internacional, ni se han dado nunca en los tiempos pasados, ni podrán darse mientras las relaciones económicas internacionales funcionen, como lo han hecho siempre hasta hoy, en base a razones de poder y de desigualdad.

Es preciso no olvidar que en toda economía moderna, la organización y la tecnología son los principales elementos generadores de riqueza. En una economía moderna estos últimos caracteres del sistema son los que tienen mucho más peso específico sobre la Renta anual, en su conjunto, que cualquier otra riqueza física o material con que, de un modo natural, pueda contar el país en términos de ventaja comparativa.

Además, no cabe hablar de equilibrio en el comercio internacional cuando los países poseedores de una determinada riqueza natural en materias primas no suelen ser normalmente los mismos que disfrutan de la ventaja de producción de los productos finales ricos en valor añadido. Para que se cumpliera lo que preconiza la teoría liberal de las ventajas comparativas sería preciso que cada país dotado de una riqueza natural específica dispusiera, al mismo tiempo, de los capitales y conocimientos tecnológicos necesarios para explotar la mercancía en aquellas de sus formas más elaboradas que incorporan un mayor valor añadido a la materia prima base de que el país está preferentemente dotado.

La realidad demuestra que el comercio mundial está, hoy por hoy, controlado y dominado por una serie de países, que cuentan con tecnologías muy avanzadas y con una capacidad de organización mejor adaptada a las condiciones competitivas derivadas de las economías de escala. La capacidad tecnológica y de organización son precisamente los factores que han

determinado los distintos niveles de riqueza y de desarrollo de que disfrutaban los países ricos frente a los países pobres.

El resultado de este intercambio desigual es un desequilibrio creciente y reproductivo, que se ha venido a expresar con su mayor crudeza en todos aquellos síntomas que caracterizan la crisis económica de nuestro tiempo. Estamos ante la consecuencia trágica de una teoría del comercio internacional, a mi juicio errónea, que ha venido siendo sostenida por muchos economistas liberales y que ha sido aplicada por los políticos durante gran parte de los dos últimos siglos.

Este error proviene de los postulados teóricos en que la correspondiente construcción doctrinal trata de fundamentarse. Es preciso lograr aquella necesaria transferencia de las tecnologías de unos a otros países y la libre movilidad de trabajadores y personas así como una ordenada movilidad de los grupos empresariales privados. Y es necesario igualmente lograr la creación de mecanismos e instituciones que favorezcan la inversión y la concertación social así como la homogeneización de los mercados. La teoría económica de las ventajas comparativas es errónea, además, no por lo que se supone de reconocimiento al factor de la especialización y de la división del trabajo como elementos claves para lograr el enriquecimiento y el desarrollo de la creatividad económica, sino porque olvida que, por complejas razones históricas, las capacidades tecnológicas y organizativas se encuentran muy desigualmente repartidas entre los pueblos, sin que esto sea causa suficiente para legitimar, indefinidamente, aquella prepotencia industrial de los unos sobre los otros a que llevaría el libre juego mecánico de las fuerzas concurrentes del mercado libre mundial, cuando todos buscan su máximo lucro a costa del conjunto, en un sistema general mal organizado.

La organización, la tecnología y el capital instalado, son los elementos cualitativos de los cuales los países subdesarrollados carecen. En base a estas carencias su posición competitiva, en términos de costes, resulta, en realidad, una desventaja comparada por muy altas que paradójicamente fueran sus riquezas en recursos naturales. Basta pensar en los países productores de petróleo o en los países africanos y sudamericanos ricos en materias primas, para encontrar multitud de ejemplos reveladores de esta realidad y de sus procesos determinantes. Es precisamente la potencia tecnológica y organizativa lo que explica, en el extremo opuesto, la aparición en el concierto mundial de algunos casos, como el de Japón, que se caracterizan por el hecho de que, aún careciendo de recursos energéticos y de materias primas, han conseguido sin embargo un elevadísimo nivel de desarrollo económico, sin que, por otra parte, apenas parezca afectarles la actual crisis mundial.

Los países subdesarrollados suelen producir bienes poco elaborados, que incorporan mínimos valores añadidos a sus producciones. Por el contrario, los países acomodados generan bienes caracterizados por llevar incorporados altos valores añadidos y que, muchas veces, sirven para gene-

rar otros bienes. Este «valor de reproducción» de los bienes que incorpora la tecnología y la organización permite que los países desarrollados establezcan una relación dominante sobre los países subdesarrollados, los cuales dependen, así, de los primeros para poder salir de su atraso y subdesarrollo.

No se nos escapa el hecho de que los países desarrollados dependen también de los subdesarrollados, en un doble sentido. Por un lado suelen necesitar las materias primas que se encuentran en abundancia en algunos países retrasados como es el caso de los productos petrolíferos, pero por otro lado necesitan también de la demanda de sus mercados para colocar en ellos sus exportaciones, las cuales, por su parte, derivan de aquella sobrecapacidad de producción a que con frecuencia se han visto abocados muchos países desarrollados por virtud de los procesos de acumulación de capital y tecnología en los diversos sectores de actividad económica²⁰.

Ahora bien, con ser importantes estas dependencias que los países industrializados tienen respecto a los atrasados, no presentan el peso específico suficiente para contrarrestar el poder de dominación financiera y tecnológica que los países ricos ejercen sobre los subdesarrollados ni para invalidar, por tanto, la crítica que hemos formulado sobre la teoría económica del comercio internacional basada exclusivamente en el principio de la ventaja comparativa de los costes.

El desarrollo económico resulta así inaccesible para quien no disfruta ni dispone de una tecnología o de una capacidad de organización. Las capacidades tecnológicas de un país y su poder de organización no son algo que pueda ser improvisado. Son el fruto de un proceso histórico de acumulación. Si, entonces, el único principio de orden y de equilibrio consiste en la Teoría de la ventaja comparativa, la suerte está echada. En tales circunstancias, los países desarrollados serán cada vez más ricos siempre que consigan utilizar sus ventajas y los países pobres serán cada vez más pobres como consecuencia de sus iniciales desventajas cualitativas, suponiendo naturalmente que unos y otros actúan con una racionalidad similar y que ambos operan desde la filosofía de un mercado lucrativo y competitivo de libre competencia, también de naturaleza similar.

²⁰ MILL puso en evidencia la idea de que «la posibilidad de sustituir el sistema de producción en pequeña escala por el de la producción en gran escala... es completamente benéfico», aunque también reconoció que este proceso puede en algunos casos presentar inconvenientes «de naturaleza más bien social que económica». Ahora bien «estos inconvenientes, —concluyó—, no pueden aplicarse al cambio de una producción en gran escala por otra todavía mayor». Op. cit. pág. 145. En otro lugar criticando a Smith y a la escuela clásica señala «los monopolios naturales o artificiales» y las restricciones que, en la libertad del sistema de producción y cambios, establecen las intervenciones de la autoridad», impiden que surja el equilibrio previsto por la escuela clásica para el estado de libre competencia. El modelo clásico «muchas veces produce su efecto de una manera completamente distinta a aquella que se supone le es natural», a causa de que «la ley y la costumbre» suelen intervenir «para limitar la competencia», pág. 266 y 357.

Pero, todavía hay más, porque en razón de la ausencia de un orden jurídico y de una autoridad internacional que pudiera imponer un equilibrio coherente y equitativo, el mercado real no funciona en base a los principios de la leal y perfecta competencia sino que en general opera, más bien, en base a relaciones de poder, de fuerza y de influencias²¹. Se trata de un poder que, como es bien sabido, actúa sobre aquella base de desigualdad histórica de gran potencia que permite al más fuerte imponer sus intereses y realizar consciente o inconscientemente ciertos abusos, en razón de aquellas de sus capacidades tecnológicas y organizativas o financieras de las cuales los países subdesarrollados carecen.

A todo esto se une la existencia de importantes elementos adicionales que, a base de ciertos sofisticados procesos y mecanismos, permiten lograr la penetración de capitales y la localización de empresas de los países dominantes en el seno de los países dominados, contribuyendo así a agravar el problema de la dependencia de una manera determinante²². Todo esto sin hacer referencia a las alianzas y otras vinculaciones más o menos irregulares que suelen establecer los centros de decisión de los países dominantes con aquellos grupos o élites dirigentes que gobiernan en el seno de algunos países subdesarrollados²³, y que llevan a lo que se ha dado en llamar "corrupción", que no es sino una apropiación indebida de fondos y comisiones a favor de los encargados de gobernar.

²¹ TINBERGEN, J. «Reestructuración del orden internacional» Ed. F.C.E. México 1977. Pág. 13 y 14. MESAROVIC-PESTEL «La humanidad en la encrucijada» Ed.F.C.E. México 1975. Pág. 188.

²² A este respecto SCHUMAKER, E. F., ha escrito en «Roots of Economic Growth»: «la economía actual, si bien pretende ser éticamente neutral, propaga, de hecho, una filosofía de expansionismo ilimitado. Es debido precisamente a esto, por lo que el modo de vida occidental, ejerce un efecto tan destructivo y paralizador sobre los países subdesarrollados, que ha sido llamado y con razón —el contacto que marchita—. Reconocer esta fatal debilidad no significa subestimar los fantásticos logros de Occidente.... El mundo occidental puede ayudar a otros países, como el rico puede socorrer al pobre. Pero no es un asunto fácil que pueda ser expresado únicamente en términos de dinero. Exige un profundo respeto por la cultura indígena, de aquellos a quienes se piensa ayudar, un respeto incluso superior al que sienten muchos de ellos por sí mismos». Cita tomada de HUTCHISON, T.W. «Economía Positiva y Objetivos de Política Económica» Ed. Vicens Vives Barcelona 1971.

²³ Dice el premio Nobel MYRDAL, G., hablando del atraso y la desigualdad económica y social de los países subdesarrollados: «La mayoría de estos países, cualquiera que sea su forma de gobierno, son regidos por pequeñas, aunque cambiantes oligarquías». Son casi, sin excepción estados débiles, en que prevalece «la corrupción, que, en general, va en aumento» Pág. 526. «Reto a la pobreza» Op. cit. P. A. BARAN, desde una perspectiva histórica más amplia y referido al caso del Japón, afirmaba, respecto a la era Meiji: «En realidad, lo que resulta obvio es la exorbitante cantidad de protecciones y sobornos, que fueron necesarios por parte del Estado, para arrancar al capital de sus actividades favoritas de especulación y usura, y orientarlo hacia la inversión en empresas productivas». Pág. 183. «Economía Política del Crecimiento» Ed. F.C.E. México 1973.

VI. LA TRANSNACIONALIZACION ASIMETRICA Y LAS POLITICAS GUBERNAMENTALES

A los anteriores elementos distorsionantes del equilibrio internacional de los intercambios se añade, por otra parte, el sistema de financiación y crédito por medio del cual los países desarrollados suelen establecer sus vinculaciones con los subdesarrollados para que, estos últimos, puedan adquirir sus producciones excedentarias. Se trata de un sistema que viene a completar el cuadro de razones reales y estructurales que han llevado a la actual crisis económica y financiera mundial.

Es necesario destacar por último el fenómeno de la interpenetración de capitales industriales. Los países más poderosos, basándose en el principio de libertad de mercado y de libertad de establecimiento empresarial, han conseguido desarrollar un proceso de transnacionalización asimétrica de sus economías sobre las del resto del mundo. Se trata de un proceso de dominación, que viene materializándose normalmente a través de las empresas multinacionales y que se caracteriza por la acumulación de capital cuasi-monopolista que los grandes grupos industriales y financieros tienden a ejercer sobre el conjunto de los mercados mundiales en aquellos sectores en que, cada uno de ellos opera²⁴.

Las empresas multinacionales suelen actuar como si se tratara de auténticos carteles que se dirigen, a largo plazo, al establecimiento de una estructura sectorial y mundial de los mercados de carácter monopolista.

Desde esta perspectiva se explica perfectamente la dirección localizacional que viene tomando las inversiones industriales de estas empresas multinacionales en su orientación hacia la dominación de las distintas zonas estratégicas del mercado mundial, a cuyo efecto, además, suelen verse justamente apoyadas por los respectivos gobiernos mediante la utilización de complejas y sofisticadas prácticas político-económicas.²⁵

Es bien sabido, como enseña la teoría económica de la competencia industrial, que las políticas económicas de carácter monopolista tratan de restringir y eliminar a sus competidores en los mercados, a través de múltiples mecanismos²⁶.

²⁴IVANOV, I. afirmaba en 1986 que: «Cerca de una tercera parte de toda la producción mundial y casi la mitad del comercio exterior, son controlados por las empresas multinacionales». (Art. publicado en «El País», de 14 de Febrero de 1986. Pág. 44 Madrid).

²⁵SAMPEDRO, J. L. ha recogido ampliamente estas ideas y sus implicaciones cuando, tomando las palabras de KEYNES, pronunciadas en su famoso discurso de 1926, dice: «La fe en la mano invisible se ha desplomado» y después añade: «la idea de mercado, como palestra para la libre competencia y como orientador óptimo de las decisiones del sistema, ha retrocedido ante la intervención y la inspiración estatal..., con el resultado de una política de rentas más distributiva y con mayor sentido social.

Sea por honestidad, o sea por egoísmo más inteligente, algunos puntos del programa socialista han sido llevados a la práctica en los países capitalistas». «Las fuerzas económicas de Nuestro Tiempo» Op. cit. pág. 159.

²⁶CASTANEDA CHORNET, J. «Lecciones de teoría económica» Ed. Aguilar. Madrid. Lcción 37^a.

Cuando los grandes grupos industriales controlan una porción importante del mercado tienden, en una primera etapa, a forzar unos precios bajos que se orientan a eliminar a los adversarios. A veces, si el oligopolio tiene potencia financiera suficiente estos precios llegan a situarse, con aquella finalidad, a niveles incluso inferiores a los costes medios de producción. Ante dichos precios los competidores sucumben, si, como es normal, no pueden soportar una producción con pérdidas.

En una segunda etapa los monopolios, una vez establecidos, tienden a consolidar internacionalmente su estructura monopolista para tratar de conseguir, a poder ser de modo absoluto y con carácter acumulativo, el dominio del mercado mundial en cuyo interior pueden, entonces, colocar sus productos a placer y sin competencia y, por tanto, a precios abusivos. Además, en sus pretensiones, los monopolios se ven favorecidos por sus propios procesos de expansión acumulativa y de capacitación tecnológica o de economías de escala que se derivan de su riqueza y de su potencial acumulado.

La idea fundamental que se sigue de lo anterior es que, en el ámbito internacional, característico de la crisis económica actual no cabe esperar un proceso de equilibrio, sin que antes se lleve a cabo la instauración de un modelo de política económica institucionalizado que opere de manera coercitiva y vinculante sobre la totalidad del sistema de intercambios entre las naciones, lo cual requeriría un proceso de coordinación y unificación política, hoy aún lejano.

Por otro lado las políticas económicas derivadas del intervencionismo postkeynesiano que están teniendo lugar hoy en el seno de los países desarrollados, no sólo no están contribuyendo a aliviar la crisis de los países más retrasados sino que están contribuyendo a consolidar las bases del distanciamiento y del agravamiento de las desigualdades.

Así se explica por qué, como consecuencia de los intervencionismos que las autoridades económicas han venido practicando en los últimos tiempos, el modelo esta engendrando una acentuación de algunos de los más importantes síntomas originarios de la crisis especialmente en lo referente al desempleo, el cual afecta con gran fuerza a todos los países y sujetos y con tanta mayor intensidad cuanto más débiles y retrasadas se encuentran sus respectivas economías.

De este modo, se está produciendo un desplazamiento social de la crisis y de sus síntomas desde las economías más fuertes y desarrolladas a las subdesarrolladas. Este proceso se lleva a cabo a través de aquellas complejas conexiones reales y financieras existentes entre unos y otros países que se reflejan finalmente, en los hechos y cifras más significativos de²⁷ la actual crisis económica.

Por el momento, la doctrina convencional parece no estar en condiciones

²⁷ A este respecto pueden verse los cuadros estadísticos, que anualmente se publican en los «Informes anuales», realizados por la OCDE para sus países miembros, así como los datos de la CEE referidos a los países de Europa y las estadísticas de la ONU y sus agencias especializadas respecto al resto de la Economía mundial.

de suministrar, ningún tipo nuevo de medidas de política-económica para afrontar de una forma clara y resolutiva el desempleo y la recesión económica.

Desde el punto de vista teórico la insuficiencia de las doctrinas económicas intervencionistas arranca de las bases metodológicas sobre las que Keynes pretendía sustentar su pensamiento, diseñado para salvar la estructura del sistema liberal de mercado. Aunque el objetivo inmediato que había suscitado inicialmente sus preocupaciones era la erradicación del problema del paro y la formulación de un modelo de control y dirección económica que pudiera regular la crisis, este propósito estaba condicionado a su fin último que era salvar el sistema, en el cual creía con gran fuerza²⁸. Al adoptar tal actitud metodológico-intencional se descartaban de un plumazo todas las hipótesis de trabajo que pudieran orientarse a la transformación ontológica del propio sistema²⁹.

Si, ni siquiera se ponía en duda la bondad científica o esencial del sistema de mercado vigente, mucho menos se podía tomar éste como algo perfecto o susceptible de transformación radical. Desde este enfoque era lógico que, aunque sus doctrinas estuvieran destinadas a introducir alguna leve transformación en el funcionamiento del orden económico establecido, siempre lo sería de un modo accesorio en cuanto a lo que atañera a la naturaleza esencial del sistema lucrativo.

Sentado este propósito, la base fundamental de su argumentación era sencilla y lógica. Siempre sería preferible sacrificar una parte menor del sistema con objeto de salvar lo más importante del mismo. Keynes estaba convencido de que, si no se hacía así, el sistema capitalista se hundiría. En cuyo caso se habrían podido llegar a desencadenar internacionalmente los acontecimientos que habían pronosticado las doctrinas marxistas revolucionarias³⁰ de su época. Un riesgo que hoy parece afortunadamente superado.

²⁸Estas convicciones de Keynes se resumen en una frase que él mismo expresó para concretar su posicionamiento: «Creo que el porvenir aprenderá más de Gessel que de Marx»... «porque se apoya... en dejar en libertad la competencia, en vez de abolirla». KEYNES, J. M. Op. cit. pág. 314.

²⁹Dice KEYNES, en su obra básica: «Nuestra crítica de la teoría económica clásica aceptada no ha consistido tanto en buscar los defectos lógicos de su análisis, como en señalar que los supuestos tácitos en que se basa se satisfacen rara vez o nunca... Pero si nuestros controles centrales logran establecer un volumen global de producción, correspondiente a la ocupación plena o muy próxima a ella, la teoría clásica vuelve a cobrar fuerza de aquí en adelante». Y a continuación añade: «Si damos por sentado el volumen de producción, es decir, que está determinado por fuerzas exteriores al esquema clásico del pensamiento, no hay ya objeción que oponer contra su análisis acerca de la manera en que el interés personal determinará lo que se produce». Este es el verdadero sentido que KEYNES quiso dar a toda su teoría y así lo dejó escrito en las notas finales de su obra «T.^a General» Op. cit. pág.333.

³⁰KEYNES hace un canto a la filosofía del individualismo liberal basándose en los principios utilitaristas de Bentham, con las siguientes palabras: «Detengámonos en recordar cuáles son las ventajas del individualismo. En parte, lo son de eficacia, -las de la descentralización y del juego del interés personal-. Desde el punto de vista de la eficacia las ventajas de la descentralización de las decisiones y de la responsabilidad individual son mayores aún, quizá, de lo que el siglo XIX supuso; y la reacción contra el llamado interés personal puede

VII. RESUMEN Y CONCLUSIONES

Keynes sin duda confiaba en última instancia, en el orden liberal del mercado. Y no estaba dispuesto a asumir pasivamente que este orden fuera barrido para siempre por la inercia de los acontecimientos³¹.

Estudiado así el punto de partida del razonamiento keynesiano suponía un importante prejuicio ideológico por cuanto significaba un acto de fe no razonado ni, por tanto, justificado en que el sistema básico del lucro que hasta entonces había imperado, fuera un valor superior, un bien último y en definitiva el fin económico más elevado que cabía conservar.

Esta hipótesis de partida no puede considerarse a mi juicio correcta. Encierra una falacia conceptual y viene a significar una contradicción intrínseca.

En efecto, si Keynes quería conservar el sistema de mercado lucrativo era, como luego él mismo vino a explicar en su «Teoría General», porque estaba convencido de que este mercado por sus propias fuerzas llevaría necesariamente a la recuperación de la posición de equilibrio, en cuanto se iniciara consistentemente la puesta en marcha de una serie de mecanismos correctores a cargo de un sector público intervencionista³².

Pero este razonamiento encierra otra contradicción intrínseca, pues en la medida en la cual la evolución espontánea del libre juego de las fuerzas del mercado real había sido la que, por sí misma y sin que mediara intervención

haber ido demasiado lejos, pero por encima de todo, el individualismo es la mejor salvaguarda de la libertad personal si puede ser purgado de sus defectos y abusos, en el sentido de que, comparado con cualquier otro sistema, amplía considerablemente el campo en el que puede manifestarse la facultad de elección personal». Op. cit. pág. 334 y 335.

³¹ Dice DILLAR, D. comentando la obra de KEYNES: «Para KEYNES, esta revolución menor (se refiere a la existencia de una «demanda efectiva suficiente» y a una «socialización gradual de las inversiones»), es deseable, no sólo porque daría lugar a una sociedad más justa, sino... porque es el precio necesario que hay que pagar para evitar a la larga, una revolución mayor de la variedad marxista. Representa la alternativa al marxismo. Su propósito básico es conservar el capitalismo industrial privado, y en ningún caso considera Keynes que esta revolución menor, se tome como la introducción de una cuña para una transición gradual hacia el colectivismo. El capital financiero, la especulación y el rentismo, con todos sus abusos, constituyen un cáncer para el cuerpo de la empresa privada y no una parte orgánica del sistema. No obstante, la salvación del paciente, exige una grave operación. En resumen, KEYNES cree que la conservación del capitalismo privado exige la eliminación de sus peores defectos. También cree, que estos defectos pueden ser abolidos, sin que, al mismo tiempo se destruyan los cimientos del capitalismo industrial privado». DILLARD, D. «La Teoría General de J. M. KEYNES» Ed. Aguilar. Madrid 1973. Pág. 342.

³² Fue, precisamente, a partir de este punto de referencia, es decir, de la concepción teórica del equilibrio asumida según la idea de mercado competitivo hacia el que la economía debería tender en su evolución secular, de donde KEYNES dedujo sus mecanismos técnicos ciertamente sutiles del intervencionismo monetario y fiscal, a corto plazo, los cuales, una vez puestos en marcha habrían de desencadenar las fuerzas —naturales— previstas en su modelo para conseguir el pleno empleo de la economía nacional. «A partir de aquí —en palabras de KEYNES— la teoría clásica vuelve a cobrar fuerza... y ya no hay objeción que oponer contra su análisis acerca de la manera en que el interés personal determinará lo que se produce, en qué proporciones se combinarán los factores de producción con tal fin y como se distribuirán entre ellos el valor del producto final» Op.cit.pág. 333.

pública alguna de carácter determinante, había llevado a todas las crisis anteriores a la «Teoría General» (Incluida la Gran Depresión), no existe razón alguna para pensar que una vez restablecidas las condiciones supuestamente «naturales» del mercado, éste, por la propia evolución de las cosas y en virtud del principio del interés personal lucro, habría de llevar a una situación económica equilibrada y de prosperidad general. Más lógico sería pensar justamente lo contrario, y asumir, como confirma incesantemente la realidad, que las crisis forman parte de la misma esencia del sistema de mercado-lucrativo.

De ser esto último cierto, parece lógico pensar que, con el intervencionismo, lo que se consigue es que las crisis más o menos cíclicas a que hubiera conducido el mercado real, no intervenido, se conviertan en crisis de otras características que, como ya vimos, trascienden y se filtran desde unas economías nacionales a otras y se difunden por todo el ámbito económico internacional. Las nuevas crisis, en lugar de sus iniciales caracteres, asumen otros que tienden a diluirse en el espacio y a diferirse en el tiempo, a la vez que toman formas nuevas no previstas y, por esto mismo, incontrolables.

A partir de estos conceptos puede explicarse y comprenderse cuál es la naturaleza esencial de la crisis económica mundial del momento presente. Se trata del resultado histórico concreto de dos grandes bloques de elementos condicionantes. De un lado, están las causas que provienen del libre juego del mercado lucrativo y, de otro lado, aparecen los efectos que, sobre esa misma realidad, inducen las acciones y medidas intervencionistas que aplican descoordinadamente las autoridades de todos los países con sus políticas de corto plazo. En la medida en la cual los efectos de tales políticas intervencionistas se entrelazan y acumulan sobre la estructura del mercado, el resultado final habrá de ser precisamente el característico de la crisis actual.

Cabe decir ya, que la insuficiencia científica esencial, de que adolecen tanto el modelo keynesiano como el intervencionismo actual es de carácter ideológico y se manifiesta en la fe ciega e injustificada en que el equilibrio natural, aparecerá automáticamente a medio plazo. Se incurre así en la suposición de que el mercado-lucrativo ha de tender por sí mismo al equilibrio en cuanto se modifiquen o fuercen determinadas condiciones objetivas desde el lado de la demanda.

De tales consideraciones se deriva la construcción teórica de un modelo que, aún reconociendo algunas de sus contribuciones, tiende destacadamente a engendrar una enorme confusión, dificultado considerablemente el necesario discernimiento. Es imprescindible que desde el punto de vista científico separemos lo que son «síntomas de los problemas», de las «causas» más profundas de éstos problemas³³.

Así, pues, el keynesianismo intervencionista al asumir la idea de que los mecanismos del mercado lucrativo podrían por sí mismos conducir a un

³³PIGOU, A. G. «Socialismo y Capitalismo comparados» Ed Ariel. Barcelona 1973. Después de recoger una serie de aspectos meritoriamente positivos de la «Tª General», PIGOU dice: «Creo que el análisis de KEYNES es mucho más limitado de lo que se cree. Se limita a describir cuál

equilibrio más o menos automático en cuanto se dieran las condiciones precisas por el lado de la demanda ha supuesto, de hecho, una renuncia metodológica al estudio de las causas más profundas que subyacen detrás de las típicas crisis depresivas del sistema capitalista.

El intervencionismo actual como continuador del keynesianismo es una política económica que se caracteriza por su falta de rumbo a largo plazo, que sólo opera eficazmente en el sector financiero y monetario de la economía pero no en los sectores reales, que no ha sido capaz de deshacer las contradicciones internas del modelo marginalista, que incurre en nuevas contradicciones añadiendo así algunos problemas a los preexistentes y que no se ocupa del estudio e implementación de las medidas necesarias para lograr un desarrollo económico de carácter duradero y equilibrado.

Estas son las razones por las cuales las políticas intervencionistas hoy al uso, sólo se han manifestado válidas en la corrección de determinados desequilibrios y en determinadas circunstancias; mediante la aplicación de la política monetaria pueden frenar las tensiones inflacionarias de carácter más grave, siempre que su agravamiento no provenga de efectos inducidos desde el exterior de la Economía. Mediante una política de déficit fiscal pueden, incentivar la salida de las crisis depresivas. Pero el intervencionismo moderno se está manifestando incapaz de lograr un desarrollo sostenido de las economías, cuando estas carecen de una base tecnológica apropiada. En estas circunstancias las inversiones empresariales, se constituyen en el eje sobre el que hay que actuar para corregir los desequilibrios fundamentales. Pero las inversiones empresariales son una variable cuyo control queda fuera del modelo keynesiano.

La conclusión fundamental que se deduce de lo dicho es que si la economía, como ciencia social, quiere proseguir sus avances será preciso que dirija sus esfuerzos hacia el encuentro de nuevos caminos doctrinales que traten de depurar y reconducir las teorías hoy al uso hacia otras áreas del pensamiento económico desde las que se haga posible compatibilizar las teorías económicas, con la marcha efectiva de los sistemas de organización para que todas las decisiones económicas, tanto a nivel público como privado y tanto a corto como a largo plazo respondan a aquellos principios de coherencia metodológica y de cohesión social que se encuentran en los postulados de la justicia, y así, la deseada eficacia económica será un nuevo resultado del sistema.

será la posición de equilibrio de período corto... , dadas las formas y valores de las diversas funciones y variables independientes. Pero lo que tiende a suceder en estas condiciones no es lo mismo que lo que realmente sucede. Solo cuando las tendencias esperadas han prevalecido durante un lapso de tiempo suficiente, coincide lo esperado con lo realmente sucedido... De tal modo que, en estas fechas, las tendencias de KEYNES pasarían a ser hechos. Pero, antes... queda por salvar un obstáculo formidable. En realidad, lo único que podemos decir, a priori, sobre las situaciones de equilibrio, es que para cualquier conjunto dado de condiciones fundamentales, si se alcanza una posición de equilibrio, el sistema se mantendrá en ella. Pero, de ahí no se sigue que exista una tendencia al establecimiento de situaciones de equilibrio. Para saber si las situaciones reales llevarán o no a una posición de equilibrio, las pruebas apriorísticas no son suficientes: hay que estudiar detalladamente cada caso concreto” Op. cit. Pág. 183 a 185.